



9 8 7 6 5 4 3 2 1

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9
10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99
100 101 102 103 104 105 106 107 108 109 110 111 112 113 114 115 116 117 118 119 120 121 122 123 124 125 126 127 128 129 130 131 132 133 134 135 136 137 138 139 140 141 142 143 144 145 146 147 148 149 150 151 152 153 154 155 156 157 158 159 160 161 162 163 164 165 166 167 168 169 170 171 172 173 174 175 176 177 178 179 180 181 182 183 184 185 186 187 188 189 190 191 192 193 194 195 196 197 198 199 200
201 202 203 204 205 206 207 208 209 210 211 212 213 214 215 216 217 218 219 220 221 222 223 224 225 226 227 228 229 230 231 232 233 234 235 236 237 238 239 240 241 242 243 244 245 246 247 248 249 250 251 252 253 254 255 256 257 258 259 260 261 262 263 264 265 266 267 268 269 270 271 272 273 274 275 276 277 278 279 280 281 282 283 284 285 286 287 288 289 290 291 292 293 294 295 296 297 298 299 300
301 302 303 304 305 306 307 308 309 310 311 312 313 314 315 316 317 318 319 320 321 322 323 324 325 326 327 328 329 330 331 332 333 334 335 336 337 338 339 340 341 342 343 344 345 346 347 348 349 350 351 352 353 354 355 356 357 358 359 360 361 362 363 364 365 366 367 368 369 370 371 372 373 374 375 376 377 378 379 380 381 382 383 384 385 386 387 388 389 390 391 392 393 394 395 396 397 398 399 400
401 402 403 404 405 406 407 408 409 410 411 412 413 414 415 416 417 418 419 420 421 422 423 424 425 426 427 428 429 430 431 432 433 434 435 436 437 438 439 440 441 442 443 444 445 446 447 448 449 450 451 452 453 454 455 456 457 458 459 460 461 462 463 464 465 466 467 468 469 470 471 472 473 474 475 476 477 478 479 480 481 482 483 484 485 486 487 488 489 490 491 492 493 494 495 496 497 498 499 500
501 502 503 504 505 506 507 508 509 510 511 512 513 514 515 516 517 518 519 520 521 522 523 524 525 526 527 528 529 530 531 532 533 534 535 536 537 538 539 540 541 542 543 544 545 546 547 548 549 550 551 552 553 554 555 556 557 558 559 560 561 562 563 564 565 566 567 568 569 570 571 572 573 574 575 576 577 578 579 580 581 582 583 584 585 586 587 588 589 590 591 592 593 594 595 596 597 598 599 600
601 602 603 604 605 606 607 608 609 610 611 612 613 614 615 616 617 618 619 620 621 622 623 624 625 626 627 628 629 630 631 632 633 634 635 636 637 638 639 640 641 642 643 644 645 646 647 648 649 650 651 652 653 654 655 656 657 658 659 660 661 662 663 664 665 666 667 668 669 670 671 672 673 674 675 676 677 678 679 680 681 682 683 684 685 686 687 688 689 690 691 692 693 694 695 696 697 698 699 700
701 702 703 704 705 706 707 708 709 710 711 712 713 714 715 716 717 718 719 720 721 722 723 724 725 726 727 728 729 730 731 732 733 734 735 736 737 738 739 740 741 742 743 744 745 746 747 748 749 750 751 752 753 754 755 756 757 758 759 760 761 762 763 764 765 766 767 768 769 770 771 772 773 774 775 776 777 778 779 780 781 782 783 784 785 786 787 788 789 790 791 792 793 794 795 796 797 798 799 800
801 802 803 804 805 806 807 808 809 810 811 812 813 814 815 816 817 818 819 820 821 822 823 824 825 826 827 828 829 830 831 832 833 834 835 836 837 838 839 840 841 842 843 844 845 846 847 848 849 850 851 852 853 854 855 856 857 858 859 860 861 862 863 864 865 866 867 868 869 870 871 872 873 874 875 876 877 878 879 880 881 882 883 884 885 886 887 888 889 890 891 892 893 894 895 896 897 898 899 900
901 902 903 904 905 906 907 908 909 910 911 912 913 914 915 916 917 918 919 920 921 922 923 924 925 926 927 928 929 930 931 932 933 934 935 936 937 938 939 940 941 942 943 944 945 946 947 948 949 950 951 952 953 954 955 956 957 958 959 960 961 962 963 964 965 966 967 968 969 970 971 972 973 974 975 976 977 978 979 980 981 982 983 984 985 986 987 988 989 990 991 992 993 994 995 996 997 998 999 1000

[VICENTE PEDREIRA MANDADO]

[DIEGO CABRERA VAZ]

SAMAIN'S PARTY

DIEGO CABRERA
VICENTE PEDREIRA

Primera edición: septiembre de 2022

© Copyright de la obra: Vicente Pedreira Mandado y Diego Cabrera Vaz

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-125712-6-4

Código ISBN digital: 978-84-125712-7-1

Depósito legal: B 16407-2022

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions

www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Dedicamos esta novela al lector y a nuestros seres más queridos.

PRÓLOGO

«Ya sé cómo guiar mi camino, el sentido de mi vida, mi misión. ¡Yo regiré el destino de la Humanidad! Seré el ser más poderoso que haya existido jamás. Aún me quedan días para lograr mi objetivo. Lo conseguiré. Vaya si lo conseguiré. Yo soy el emisario, el juez y el verdugo. ¡Yo mantengo viva la leyenda! ¡Yo soy el Samaín!».

Las gotas de sangre pingaban del punzante frío acero. El cuerpo inerte de la joven yacía desparramado sobre la blanca arena de la playa. Su sangre fluía desbocada y abundante de su cuello, en esta noche oscura sin estrellas. Su asesino hurgó con el dedo índice de su mano derecha en el cuello de la muchacha asesinada, se untó el dedo con su sangre aún caliente, y firmó su nombre en la embarcación volteada del revés: SAMAÍN. Quería anunciar su llegada.



The Town

Vilapontes era un pueblo con una dimensión geográfica bastante extensa, debido al gran número de aldeas que sumaba en su haber. Pese a ser un pueblo evidentemente costero, los vilapontanos estaban condicionados por la orografía de la región. Era este un territorio muy conocido por sus hermosas y abundantes fuentes y por los múltiples puentes de toda índole arquitectónica. Vilapontes no estaba considerado un enclave importante dentro del panorama internacional de los pueblos más relevantes de España, aunque este espléndido territorio era Patrimonio de la Humanidad. Era un lugar ideal para el descanso, empaparse de toda su cultura, degustar su imperiosa gastronomía y disfrutar de su historia. Desde tiempos inmemoriales, los vilapontanos siempre habían cultivado con enorme mimo y pasión la tierra y el mar, aprovechándose de los recursos naturales que ambos elementos les proporcionaban. Aun contando con el gran peso histórico y cultural de esta encantadora región, la mayor parte de los habitantes de este lugar querían ser ignorados por el resto del mundo. Eran individuos muy arraigados a su tierra y no solían vanagloriarse por destacar en alguna actividad, como los estudios o el trabajo que realizaran. Querían vivir en paz y

armonía, sin sobresaltos de ningún tipo. Aun manteniendo una idiosincrasia unificada, los individuos de esta región querían considerarse personas independientes con sus propias peculiaridades, las cuales debían ser respetadas por todos y cada uno de los integrantes de esta maravillosa población de enorme arraigo. Todos se sentían muy identificados entre sí, pese a ser bastante distintos en la forma de ser y de estar, en el carácter y en la personalidad. Vilapontes era un lugar idílico, un pueblo precioso e idóneo para vivir en él felizmente. Quién podría imaginar que...



Vilapontes, 17 de octubre de 1997

Un sol radiante emanaba energía positiva por doquier, sobre un mar en completa calma que había dejado atrás el embravecimiento de los tempestuosos días anteriores. Un grupo de gaviotas revoloteaban ruidosas sobre un barco pesquero de unos doce metros de eslora que, navegando sin lentitud a primera hora de la mañana, se adentraba en la bahía de Vilapontes con la intención de atracar en el muelle de su puerto. Debido al buen tiempo, había ido a la mar casi la práctica totalidad de la flota pesquera del pueblo, llevando como llevaban los marineros muchas jornadas sin poder ir a faenar, debido al fuerte oleaje del temporal. Por fortuna, el mal tiempo fue amainando poco a poco.

Por tres motivos diferentes, se podía apreciar una alegría tremenda por parte de los siete tripulantes de ese barco pesquero. El primer motivo era que uno de sus marineros contraería matrimonio en breve. Otro, que habían logrado llenar sus redes de una cantidad ingente de

pescado. Y, finalmente, porque a la vuelta de la esquina se celebraría por todo lo alto la famosa fiesta de Samaín, tan popular y arraigada en Galicia, teniendo lugar ese conocido festejo de raigambre celta el 31 de octubre, en la Noche de los Difuntos. La fiesta constituía uno de los acontecimientos más relevantes en Vilapontes.

Mientras el barco pesquero atracaba en el puerto, unos marineros comentaban, al tiempo que trabajaban, qué tenían planeado hacer en la fiesta samainesca de este año. Pedro, un hombre bonachón, armador de esta tripulación, comenzaba a mantener un diálogo con su hijo Pablo, mozalbete de veinte años recién cumplidos, que había decidido dejar los estudios para embarcarse y comenzar a trabajar.

—Mira, allí está tu madre, esperándonos. Fíjate quién la acompaña.

Pablo, un poco perdido en sus pensamientos, giró su mirada hacia el puerto y prestó atención.

—¡Sofía! Qué sensación más agradable, parece que llevara diez mareas sin verla. Cada vez que embarcamos solo pienso en la vuelta para estar con ella, qué quieres que te diga.

—Ya te acostumbrarás, hijo, trabajar en el mar es así. Valoramos lo que tenemos cuando nos falta.

Bromeando, Pedro, para que su hijo atendiera a sus palabras, le dio un codazo que casi consiguió que Pablo perdiera el equilibrio y por un instante pareciera que fuera a caerse al mar.

—¡Qué haces, papá, casi voy de cabeza al agua! — exclamó Pablo visiblemente irritado por el susto.

—Tranquilo, hombre: un buen chapuzón nunca está de más para espabilarse —dijo el padre, echándose a reír a carcajada limpia.

—No tiene gracia, papá. ¿Por qué te ríes?

—Por nada en especial, hombre. Anda, venga, ayúdales a Marcos y a Fernando en la tarea de separar los pescados en sus cajas correspondientes.

—Vale —dijo Pablo visiblemente enfadado.

—Deberías seguir el ejemplo de tu hermano Roberto, eh, que es un trabajador nato.

Pablo frunció el entrecejo todavía más. No le agradaba que su padre lo comparara con Roberto.

—Al menos yo voy a casarme.

—Todos acabamos sentando la cabeza tarde o temprano, hijo. Dale una oportunidad a tu hermano, hombre. Me consta que te quiere, que te aprecia.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

—Nunca me ha demostrado afecto.

—Siempre te ha defendido, incluso cuando has cometido algún error, como dejar los estudios. Sí, sí, no pongas esa cara. Te dimos a elegir un camino, o estudias o trabajas, y tú has elegido trabajar. Hijo, deberías apreciar lo que tienes. Ya me contarás cuando eches en falta algo.



Diálogo entre unas trabajadoras

En los vestuarios femeninos de la fábrica conservera del pueblo tenía lugar una escena peculiar, entre algunas mujeres que habían finalizado su turno laboral. Parecían estar de buen humor. Doña Clotilde, la dueña de la fábrica, una mujer octogenaria que todas sus empleadas apreciaban y admiraban por ser una estupenda matrona, entró en el vestuario para agasajar a estas trabajadoras incansables, con unas castañas recién cocidas y peladas que traía consigo en una amplia cesta de mimbre.

—¡Mozas! —exclamó doña Clotilde para que le prestaran atención, y luego, mirando a todas y a cada una de las trabajadoras de este turno, dijo muy sonriente—: se acerca nuestra gran fiesta de Samaín, y os lo digo de verdad: espero y deseo que todas os divirtáis muchísimo, pero con *sentidíño*, claro, no vayáis a perder la cabeza y a descontrolaros.

Las trabajadoras sonrieron y algunas rieron ante la ocurrencia de la matrona. A saber en qué habrían pensado cada una de ellas...

—Entonces... ¿cómo lo vamos a pasar si no, si lo que todas estamos esperando durante todo el año es que llegue la fiesta de Samaín? —dijo María, una empleada muy querida por sus compañeras.

—Hala, ¡pero qué colorada se pone esta! —dijo Lorena, la jefa encargada de este turno, quien, bromeando, y refiriéndose a María, añadió —: mirad cómo se viste a toda prisa para marcharse. Seguro que su novio la está esperando en la puerta de entrada de la fábrica.

—Pero... ¿qué dices tú? —se defendió María y, mostrando falsa perplejidad, dijo muy expresiva—. Pero si Rodrigo te está esperando todos

los días en la puerta de la fábrica. Ni que te fueras a escapar al extranjero, concho.

Buena parte de las mujeres allí concentradas se troncharon de risa un buen rato, por la ocurrencia y donaire con que María había dicho las anteriores palabras. Pero luego, rompiendo un poco el encanto, con voz ahogada y triste, Eugenia, apodada «la Mañosa» por todas sus compañeras por la habilidad que mostraba con las manos, dijo:

—Suerte que tenéis.

Encarna, hermana de Eugenia, le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

Eugenia no respondió, calló ante el repentino atronador silencio de las demás compañeras que esperaban una revelación por parte de esta chica, a la que al parecer se le había nublado el pensamiento, dado su rostro denotando una tristeza profunda y algo contagiosa.

—¿Acaso rompiste con Esteban? -preguntó Encarna, indagando sobre la posible causa del maltrecho estado anímico de su hermana.

—Sí —contestó lacónicamente Eugenia, la cual empezó a sollozar de repente.

Su hermana se acercó a ella y con caricias trató de consolarla, y, para calmar su desánimo, le dijo:

—No te preocupes, hermana, que no se te va a caer el cielo encima. La vida sigue, ¿entiendes? ¿No te das cuenta, alma cándida, que tienes muchos pretendientes a los que les tienes robado el corazón? Ya verás cómo en la boda de Sofía y en la fiesta de Samaín encuentras quien quiera relacionarse contigo, con lo guapa y buena que tú eres.

—¡Claro, mujer, no te preocupes que todo se andará! —afirmó Esperancita.

—Y además —comenzó a decir Encarna en voz alta para realzar el ánimo abatido y desmoralizado de su hermana—, ¿qué se te pierde a ti estando con un hombre que no te quiere y que además es un badulaque, eh? ¿A ver, dime?

—¡No digas eso! ¡No hables así de él! —exclamó Eugenia, apenada y, con voz ahogada, comentó—. Llevábamos tanto tiempo juntos... que ya me había hecho a la idea de que tarde o temprano íbamos a comprometernos... pensaba que congeniábamos...

María, interviniendo de nuevo rápidamente, arguyó que sus padres habían estado casados muchos años y que se acababan de divorciar de mutuo acuerdo, porque se les había acabado el amor y la pasión que sentían el uno por el otro, y que habían logrado rehacer sus vidas sentimentales con sus nuevas respectivas parejas.

—En serio, Eugenia —dijo Encarna, visiblemente apesadumbrada por el dolor que estaba sufriendo su hermana—, no llores, por favor. No merece la pena, te lo aseguro. Anda, ánimo, que me vas a entristecer.

—En cuanto comience la fiesta —volvió a intervenir María—, te olvidarás de él enseguida y no sabrás con quién quedarte con tantos pretendientes que vas a tener echándote el ojo con lo guapa que tú eres. ¡Anda que no me han dicho a mí muchas veces!: «Qué guapa es la Eugenia y qué buen carácter tiene».

—Venga, alégrate, y no seas aguafiestas, que además está a la vuelta de la esquina la boda de Sofía. Con lo *curriña* que tú eres. ¿No te das cuenta de que la vida da muchas vueltas? Ya verás cómo cambia tu mala suerte en buena suerte encontrando al hombre adecuado para ti. Anímate, anda, que no hay mal que por bien no venga —sentenció Encarna.

IV

Leyenda samainesca

En el Instituto San Vicente de Vilapontes, un hombre de una complexión fuerte, muy elegante en el vestir, siempre impecablemente trajeado, un hombre que podría ser considerado como bastante guapo, impartía en estos momentos la asignatura de Filosofía. Era el director don Carlos Leiva, quien aleccionaba a los alumnos del aula de la que era tutor, con una de sus típicas lecciones magistrales. Estaba a punto de terminar su discurso, el cual versaba sobre cuestiones relacionadas con la ética. Para finalizar el tema primordial del día, antes de dar paso a los últimos quince minutos de clase que dedicaba casi siempre a parlamentar con sus alumnos sobre diversas cuestiones de actualidad, el director Leiva dijo:

—En la moderna sociedad actual, dos aspectos relevantes que hay que tener en cuenta, considerándolos clave en el modo de convivir adecuadamente, son: por una parte, el respeto mutuo entre las personas que conforman la sociedad de una determinada región; y, por otra parte, saber discernir o discriminar entre lo que está bien hecho y es correcto y lo que está mal hecho y es inadmisibile. Quien no sea capaz de diferenciar entre un aspecto positivo de

otro que es negativo, significa que ese individuo en cuestión está enajenado mentalmente de la realidad de la que forma parte, no comprendiéndola del todo, hecho que sin duda repercutirá en su forma de ser y, por tanto, en su forma de actuar.

Estando de pie frente a sus alumnos, el director Leiva se quedó pensativo unos instantes, después de emitir las didácticas palabras que había preparado con anterioridad, para llevar bien trabajado su discurso y que este pudiera ser aprovechado al máximo por sus alumnos. Demostrar una buena elocuencia en sus clases era imprescindible para aprobar el curso, además de los exámenes periódicos que calificaban al alumnado de forma individual. Al cabo de un rato, volviendo en sí de su posible ensimismamiento, cuyo pensamiento lo llevaba a considerar con orgullo el buen uso que hacía de las palabras para explicar los asuntos concernientes a su asignatura, el profesor de Filosofía realizó la siguiente pregunta:

—¿Sabéis por qué se celebra la popular fiesta de Samaín que tendrá lugar en breve? A quien me responda a esta sencilla pregunta de forma correcta le subiré un punto en la nota final de esta evaluación.

Los rostros de los alumnos denotaban un desconocimiento bastante generalizado de cuál podría ser el motivo real por el que se celebraba la tradicional fiesta de Samaín, en la que tanto les gustaba participar. El director Leiva, al que casi todos sus alumnos consideraban un sabio,

comenzó a explicarles a los rapaces de este curso de Bachillerato cómo eran los antiguos castros celtas, cómo era parte de la idiosincrasia de la civilización celta. Afirmaba el director Leiva que en los castros celtas, las muy antiguísimas poblaciones de Galicia, de las que aún se conservaban restos arqueológicos, después de una dura batalla en la que sus habitantes vencían a sus enemigos, los celtas tenían por costumbre decapitarlos y hacer con sus cabezas calaveras para enarbolárselas en un palo a modo de estandartes de victoria, que colocaban en lugares estratégicos para que los enemigos pudieran verlos en la distancia y se pensaran dos veces si merecía o no la pena atacar a determinada tribu con la que mantuvieran discrepancias o desavenencias, o de igual forma una guerra por motivos obvios de espacio, de poderío o de necesidad. Con el paso del tiempo, seguía aleccionándoles el director Leiva a sus alumnos, según contaba la mitología, en lugar de cabezas humanas se comenzaron a usar calabazas para esta tarea y finalidad señalada: la de aterrar a los enemigos, para que estos no entraran en territorios a los que no pertenecían.

En esto, en tanto en cuanto el director Leiva cubría parte de las expectativas de interés dando a conocer al alumnado de la clase algunos de los aspectos mitológicos de los celtas y su modo de vivir, el profesor de filosofía fue interrumpido en su explicación, porque uno de los alumnos del aula levantó el brazo derecho y su dedo índice de la mano como señal de querer hablar, y lo que dijo fue,

después de que don Carlos le indicó que podía tomar la palabra:

—Yo conozco una leyenda con respecto al Samaín, profe.

—¡Ah sí! ¿Y cuál es? —preguntó interesado el director Leiva.

—A mí me contó mi bisabuelo que cada cierto tiempo, no puedo decir ahora cada cuánto cierto tiempo, la verdad, no lo recuerdo... Cada cierto tiempo el espíritu del Samaín se apodera de un alma y de su cuerpo y convierte a esa persona en un asesino incontrolable e invencible...

Ante lo dicho, muchos de los alumnos de la clase exclamaron un «¡Ooooooh!» rotundo, largo como una autopista interminable y profundo como un pozo sin fondo. Algunos se rieron, pero la mayoría se asustaron con lo que acababan de oír del compañero; otros compañeros se dijeron entre sí en voz baja, pero audible, que Lorenzo acababa de perder la cabeza o el juicio, pues no daban crédito alguno a que fuera cierto lo que acababa de expresar de forma tan categórica con respecto a la información proporcionada.

—Lorenzo se acaba de inventar esa historia, profe, no le haga caso, seguro que es mentira —dijo exaltado el delegado de la clase.

—No, no. Lo que dice Lorenzo es cierto —intervino Lucía, una chica muy estudiosa, la única amiga que Lorenzo tenía en el instituto. Lucía iba a corroborar con su propia opinión lo afirmado por Lorenzo, que creía a pies juntillas, pero fue interrumpida, pues un compañero de clase, algo colérico, exclamó:

—¡Cómo va a ser eso cierto, si nunca sucedió!

—Tú qué sabrás —se le enfrentó enfadada Lucía.

—Tranquilos chicos —intervino el director Leiva enfatizando con un movimiento de sus dos manos abiertas levantadas hasta el pecho, queriendo dar a entender que se calmaran todos, pues veía los ánimos un poco alterados de más. Luego añadió—. Es de suponer que no son más que leyendas, y ya se sabe que las leyendas, leyendas son, y que de cierto poco tienen, porque se basan principalmente en la invención...

El director Leiva le guiñó el ojo a Lorenzo en plan complicidad y, retomando la palabra, dijo:

—En cualquier caso, también es verdad que, si una leyenda es creíble, es porque algo de cierto hay en ella.

El profesor de Filosofía tuvo una ocurrencia que a punto estuvo de desvelar a sus alumnos, una iluminación que le vino a la cabeza, pero se contuvo para no comunicarla, y lo que dijo fue: «Se ha terminado la clase por hoy».

V

Punto de partida. Sábado, 24 de octubre

El tiempo aparecía apacible y sin lluvia, con una temperatura agradable, en un término medio en el que no hacía ni frío ni calor, un tiempo fantástico, idóneo para motivar la felicidad, tal como se podía apreciar en las personas que durante el día habían disfrutado de la única playa que existía en Vilapontes, llamada Las Luminarias, con forma semicircular semejante a una media luna, en una de cuyas esquinas se encontraba un precioso y reconfortante hotel—restaurante, donde se estaba celebrando la boda entre Sofía y Pablo. Todos los invitados, deleitados, ya habían degustado el delicioso menú ofrecido, y ahora muchos de ellos bailaban la música que Dj Diego pinchaba en la pista de baile, contigua esta al espacioso comedor, en el que los comensales comieran fenomenalmente productos caseros y foráneos. Habían hablado de muy diversos temas y asuntos, entre incansables cánticos, aplausos y gritos de: «¡Vivan los novios!», o el típico de: «Que se besen, que se besen...». Quienes no querían bailar conversaban, disfrutando, muchos al aire libre, de los hermosos jardines floreados.

A la boda de Sofía y de Pablo habían acudido la mayor parte de sus familiares y muchos amigos y amigas y algún que otro compañero de trabajo de ambos desposados, entre otro tipo de personalidades, como eran el cura que ofició la boda y el alcalde. Este había sido invitado para que deleitara al personal con un discurso de carácter sentimental, no escrito por él, sino por otro invitado que era escritor.

En la sala de baile, una pareja de recién enamorados disfrutaba a tope de la ceremonia, bailando la música disco de vinilos de temas de los noventa que les ofrecía el afamado pinchadiscos. Esta pareja la formaban la hermosa Eugenia, a quien le desapareciera ya la tristeza y el enfado de haber sido abandonada por su anterior novio, y Roberto, el hermano mayor de Pablo, a quien le tendría que agradecer, y mucho, a su hermano, que se estuviera casando con Sofía. Perdidas en la memoria, atrás habían quedado las rencillas de los dos hermanos, enfadados desde hacía muchos años, desde que Roberto se enrollara con la chica que entonces le gustaba a Pablo. Eugenia y Roberto habían sido sentados juntos en la misma mesa del comedor de invitados uno al lado del otro, y habían hecho muy buenas migas muy rápidamente, congeniando muy bien. Sintieron atracción uno por el otro al momento. Cualquiera podría pensar que el futuro les depararía un buen porvenir, estando muy felizmente juntos en amor y compañía. Ya se conocían de antes, pero nunca consideraron que fueran a ser tan dichosos estando juntos en alegre compañía. Parecía

lógico pensar que había habido un flechazo platónico entre ellos dos. Sin duda alguna, Cupido había hecho muy bien su trabajo. Hacía escasamente diez minutos, Roberto le había pedido a Eugenia si quería ser su novia, y ella aceptó muy gustosamente la propuesta.

—¿Te apetece ir hasta la playa? —le propuso Roberto, bastante ebrio, a su flamante nueva compañera, la cual aceptó encantada su ofrecimiento, porque sentía unas ganas enormes de estar a solas con él para intimar más en profundidad, lejos de las miradas de los curiosos sorprendidos con esta unión sentimental. Querían besarse bajo la luz de la luna.

Se fueron directos a la playa Las Luminarias, cada uno con su copa de champán medio llena. Roberto portaba también una botella abierta de esta deliciosa bebida alcohólica, y se llevaba agarrada por la cintura a su preciosa recién novia, caminando ambos con cierta dificultad debido a la ebriedad. No se encontraba ni a un solo transeúnte paseando por allí a esas horas nocturnas. Entre sonoras risas y besos acalorados, se decían todo tipo de tonterías amorosas del tipo: «Amorcito mío, estás más buena que el chocolate», por parte de él. Por parte de ella la luna podía oír expresiones como: «Me encanta cómo me miras. Tu mirada es muy penetrante, corazón de melón».

Hacía tiempo que ya había anochecido. La temperatura seguía siendo bastante agradable. La pasión y el alcohol hicieron que Roberto le propusiera a Eugenia hacer el amor